

MODALIDAD C. RELATO CORTO RELACIONADO MUJER

Otorgar por unanimidad el PRIMER PREMIO, dotado con 400 € y publicación del relato (50 ejemplares), al texto titulado “La Femme Cachée” que firma con el seudónimo *The Pale Monarch* y que corresponde a D. Juan Andrés Moya Montáñez, residente en Melilla.

LA FEMME CACHÉE

La mujer escondida es, verdaderamente, un título que nos resuena mucho. *La Femme Cachée* es el título que estampó Sidonie-Gabrielle Collete -la autora de carne y hueso- a su libro escrito en 1924. Nos puede resonar, además, por las diversas versiones cinematográficas que recrean, no ya este relato en particular, sino la azarosa vida de esta novelista, dramaturga periodista, guionista y libretista francesa. Desde la primera versión muda de *Claudine*, de 1913, pasando por la versión de *Te querré siempre* dirigida por Rossellini en *Dúo* (1954), hasta la más reciente, *Colette*, estrenada en 2018, es evidente que la vida y la obra de esta mujer han resultado tan atractivas que han servido como materia de inspiración para artistas de diversos campos (novela, teatro, pintura, decoración y hasta la revista y el cabaret).

Por las deliciosas páginas de esta historia, constatamos numerosos datos biográficos que corroboran al personaje histórico: su matrimonio con el libertino escritor Henry Gauthier (quien pagaba a varios “escritores fantasma” -entre ellos, a su propia mujer- por escribir obras que firmaba como propias sin ningún rubor); su declarada y abierta tendencia a la bisexualidad (en esta historia, se alude a una de sus relaciones sentimentales con la escritora estadounidense Natalie Clidffor); su relación con el periodista Henry de Jouvenel (en la vida real, editor, cuarto marido y padre de su única hija)... Datos verídicos que adornan la historia con pinceladas de verosimilitud, que, sin embargo, quedan arrinconados, aplastados por la potente maestría narrativa de su autor, Juan Andrés Moya, que ha conseguido encandilar al jurado de forma unánime.

La femme cachée es el título también del último libro que el supuesto Gauthier presenta al editor para su publicación a través de su esposa, la joven y frágil Sidonie. En esta versión se recrea el momento preciso en que la escritora (personaje de ficción de este relato) decide descubrir precisamente la verdadera persona que se esconde bajo los relatos supuestamente escritos por su marido. Tratándose de una verdadera defensa del empoderamiento de la mujer, aniquilada por la superioridad aplastante de los hombres, da un paso más allá, de manera que la apología de lo femenino es solo una forma de amparar el principio deontológico del oficio del escritor (ya sea hombre, ya sea mujer).

Ciertamente, en este texto podemos rastrear “lo femenino vs. lo masculino” desde dos puntos de vista. Por un lado, el representado por el joven periodista que pone voz a la rancia sociedad parisina que no acepta que una mujer pueda ser una escritora con el mismo talento que pueda tener cualquier hombre (*Textos vacíos escritos por señoritas demasiado aburridas y neuróticas*). Por otro lado, el punto de vista de Natalie, amante de Colette, que consigue hacerle comprender que necesita *vivir más allá de la tutela de (su) marido*, salir del rol que le otorga la sociedad como *esposa banal, auspiciada por un marido eminente y respetado*. Esta es la perspectiva que, escondida durante mucho tiempo, decide tomar por bandera la mujer que ha vivido *oculta*.

Sin embargo, esa sociedad pacata ovaciona el poderoso discurso final de la joven, cerrando la boca a un Gauthier que queda amortecido entre los vítores de quienes la aceptan como es. Era una verdad necesaria predicada por el mismo librero: sería un acto egoísta pasar *desapercibid(a) en esta jungla de mediocres*. Siguiendo su sabia recomendación, la escritora decide *mostrar al público su magnificencia* y romper sus ataduras alienantes.

Ambos mundos se identifican de manera simbólica por el enfrentamiento **negro/blanco**. Si Colette está representada con esa belleza idealizada de la *madonna angelicata* (piel blanquísima y delicada, pelo cobrizo), y su mundo es el mundo de la blancura (*Hasta ser tan blancos como blancas esas sábanas*), enfrentarse a su identidad supone enfrentarse a la *negrura (de su) corazón (Un temblor de mil cuerpos en un único cuerpo menudo ocultando muy adentro el tormento de sus aguas turbias, negras)*. De forma similar se opone el *claror del alba que irrumpe y repudia la negrura*. No es casual que se presente ante el auditorio dispuesto a escuchar a un hombre *vestida a la manera de un caballero, estricta en su blanco y negro*.

Lo que nos transmite este relato ganador es que tal enfrentamiento dicotómico no existe: no se trata de enfrentar, sino de identificarse en una sola realidad bifronte (*Yo soy Gauthier (...)*— *Yo soy Sidonie Colette*); esto es, dos caras -el blanco y el negro, el cuerpo y el alma- y un único ser: el ser humano. Algo que nos recuerda al aforismo de Agustín de Hipona: “*Yo soy dos y estoy en cada uno de los dos por completo*” que convendría matizar. A lo calla callando, la muchacha, casi misterio trinitario, es dos y es tres y está en cada una de las dos y las tres por completo: *Eres la amante de Natalie Clifford (...)*— *Eres una escritora (...)*. *Y eres una mujer* (por ese orden).

Colette sobrepasa la dualidad hombre /mujer cuando desvela la autoría de las obras firmadas por Gauthier. Los párrafos finales cierran de manera sublime lo que de forma pausada se ha ido planteando antes, en los que el narrador consigue sumir al lector en la misma angustia que embarga a la protagonista. El *tempo* narrativo va dosificando los datos que recibe el lector con miras a poder

empatizar y conocer los detalles de ese “sui generis” *outing* (*salida del armario*) en la que la protagonista reivindica, no su identidad bisexual -que también-, sino la identidad de los escritores (*Yo soy las historias en las que me he derramado y ustedes se han bebido como un agua que se ansía tras la sequía, yo soy el mundo que he traído a sus vidas para hacerlas menos vacías... Yo —y solo yo— soy la razón por la que están hoy aquí*).

Canto excelso en defensa de la dualidad del ser, Colette, se declara hombre y mujer, mujer con traje de hombre, sin ser ni hombre ni mujer (*Yo no soy ni hombre ni una mujer*). Ya no es el traje negro sobre el rostro pálido y demacrado: es un demiurgo (*Algo que trasciende la forma física, algo muy superior: soy letras y párrafos y palabras*), el creador sublime de la obra de arte (*Soy la emoción misma*).

Con esta declaración, el autor nos pasea por las entrañas mismas del concepto de *literariedad*, esto es, lo que la teoría de la literatura intentar responder cuando se pregunta qué convierte a un texto en un texto literario. Como buena escritora inmersa en el romanticismo, la joven narradora describe la *emoción* como la esencia que define la obra de arte. Siguiendo la estela del más puro idealismo, el autor del texto expone una concepción del arte que entronca con las poéticas platónicas, al considerarse un dios creador del mundo y autor del universo. En calidad de suprema artesana de la palabra poética, la artista -y por extensión todos los artistas y todas las artistas- recrean el mundo con sus historias, para llenar de agua a quienes las leen, y apartarlos de la *sequía*, para ofrecer luz en plena oscuridad.

Si simplemente este final hubiera permitido conseguir el máximo galardón por parte del jurado, no podemos pasar por alto otros valores estéticos y formales. Llama poderosamente la atención el cuidado lenguaje. El narrador se pregunta si la joven *Podía ver (...) el deleite de sus palabras, la pasión de su verbo*. Si por extensión, el autor real preguntara a los lectores reales esta misma cuestión, sin duda responderíamos afirmativamente al sentirnos embaucados por la maestría estilística.

La gran altura poética del lenguaje se manifiesta, por un lado, en el despliegue de imágenes potentemente plásticas, y por otro, por la recreación de una suerte de relato sinestésico, que nos lleva a percibir el mundo que rodea a la protagonista a través de todos los sentidos corporales.

En efecto, todo el texto está atravesado de una imaginería lírica que suele estar centrada en el universo natural: ya sean **personificaciones** (*El sol de la mañana, macilento y breve, tembló. Despavorida, la vida pareció huir de las mejillas de Sidonie. Trepaba un nuevo reproche la garganta*); ya sean **metáforas** (*Los días perdían el nombre y se precipitaban, descabezados, por la ladera del tiempo. Podía sentir Sidonie cómo las garras de la ventura tensaban, más aún, el ceñidor*

que apretaba su cintura, y con sarna la despojaban de aire y de paciencia. Las cicatrices de sus propios combates le recordaban que nadie salvo ella misma lograría someter a sus demonios); o ya sean, **símiles**, con toda suerte de expresiones que aseguran la perfecta comparación entre términos distantes (*El pelo pajizo, (...) evocaba (...) aquellas praderas sureñas (...). Ojos licuados, como si, súbitamente, hubiera quedado nublada la mañana que cobijaba piel adentro. Un cariz verdoso, como de piedras viejas que (...)Sidonie (...) con la misma expresión que aquella que avizora desde las alturas el insondable vacío que se abre bajo sus pies. Con un esmero reverencial, igual que si desvelara un arma afiladísima o un insecto carnívoro.*

Los sentidos se embriagan al sentir percepciones sensoriales tremendamente eficaces: el **olfato** (*El perfume de las rosas rojas, tóxico e indecente*) y el **gusto** (*Un aroma a bourbon y café flotaba. Estas palabras de miel*), el **oído** (*Las calles de París la devoraron con el zumbido mordaz de mil voces y mil coloquios*) y hasta el **tacto**, que nos regala pasajes extremadamente envolventes y voluptuosos que arroban al receptor (*A la sombra del cuello efigio, todavía tintadas del sudor meloso de Natalie, halló cierto regocijo y al acantilado de la clavícula asomó su deseo*). La pericia del autor permite jugar a imaginar la erótica escena por medio de una finísima evocación sin necesidad de explicitar ni un solo gesto que manifieste el amor homosexual (*Un pecho pleno, orgulloso (...), tiritó por un instante bajo su caricia. Acarició apenas con la punta de un dedo esa carne tan templada. Se alzó hasta el hombro perlado de un sudor dulzón*).

No obstante, por encima de todos, destaca el sentido de la **vista**. Este se recrea de dos maneras: o bien con numerosas alusiones al color, referidas, fundamentalmente a la joven escritora en ciernes ya sea mediante alusiones concretas al cromatismo de su ropa o de su cuerpo (*faldas celestes, cabellera cobriza, ojos aguamarina, dedos blanquísimos*), o bien por sensaciones o acciones verbales que aluden al cromatismo de la muchacha (*Ligerísimo rubor. Tus ojos bajo esta luz. Tu alma bajo cualquier luz. Los pómulos turgentes lividecieron*); o bien con alusiones referidas al espacio en el que se desarrolla la acción (*la luz blanquecina, un dorado demacrado los tejados de las casa, portón gríseo, el verde de los pórticos, esa única rosa blanca, la luz de la mañana, pintadas de un albar imperfecto*).

Y a este despliegue retórico se le suma, por si no fuera suficiente, el dejar caer, como sin querer, citas de versos que sugieren, más que enuncian (*¿Vendrá a nosotras algún día la primavera? ¿O querrá el destino arrancarnos con crueldad una a una todas las hojas?*), versión barroca y desgarrada del tópico clásico *colligo, virgo, rosa* con el que Sidonie encuentra el argumento con el que salir de la negrura a la luz.

Enhorabuena a su autor, Juan Andrés Moya Montañez por habernos librado de la sequía por medio de un relato redondo que roza la excelencia narrativa.